



**OSÉ PAYÁ
BELTRÁN**

**LA ÚLTIMA
SEMANA
DEL INSPECTOR
DUARTE**

Click
EDICIONES

LA ÚLTIMA SEMANA DEL INSPECTOR DUARTE

José Payá Beltrán

Click 
EDICIONES

OCTUBRE

Apenas había corrido doscientos metros desde que el sol se había escondido cuando las farolas se encendieron delimitando una avenida recta y ancha, tan larga que parecía interminable.

Dos o tres tardes por semana, Mónica Navarro realizaba el mismo recorrido: era cómodo, pues consistía en dar cuatro vueltas al polígono industrial, sin subidas ni bajadas, completamente llano. En una ocasión lo había hecho en bicicleta y el cuentakilómetros marcó un kilómetro y seiscientos metros por vuelta.

—Hola.

—Adiós.

Se había cruzado con otro corredor. Mónica tenía diecisiete años y el hombre podría tener la edad de su padre. No era la primera vez que lo veía. Siempre se saludaban.

Conforme la noche fue ganando terreno, el frío aumentó. Llevaba ya dos vueltas cuando escuchó zancadas y respiraciones a su espalda aproximándose a un ritmo constante. Cuando quiso girar la cabeza, ya era tarde.

—¡Venga, mujer, que pareces cansada! —dijo el hombre del chándal azul marino. Tendría algo más de cuarenta años y estaba casi calvo.

Le acompañaba otro individuo —rubio, más joven y también más atractivo— que se limitó a sonreírle y la saludó con un escueto «Hola» entrecortado por la fatiga. Los tres se detuvieron, aunque trotaban sin moverse del sitio y mantenían el ritmo de sus respiraciones.

—¿Qué tal? —saludó Mónica.

Desconocía el nombre de los dos corredores, pero cuando los encontraba por las tardes siempre se detenía a intercambiar con ellos unas pocas palabras. El gusto por el deporte era el único lazo que los unía.

—Anteayer no viniste, muchacha —dijo el más joven. Era muy atractivo y Mónica siempre había pensado que la miraba de un modo especial.

—Estoy de exámenes, bueno..., estaba, porque hoy he hecho el último. ¡Por fin!

—¿Y qué tal? —preguntó el más viejo.

Sudaba copiosamente y lucía una cinta en la frente para que el sudor no se le metiese en los ojos. Iba muy abrigado. La barriga subía y bajaba constantemente. Mónica supuso que querría adelgazar, pero hacía muchos meses que lo veía siempre igual.

—No sé. Creo que bien, pero habrá que esperar a que a los profesores les apetezca corregirlos. —Inspiró dos bocanadas de aire con tanta fuerza que le aguijonearon el pecho. Lanzó una sonrisa al rubio—. Tenía ganas de quemar toxinas y de despejarme un poco después de tantos días sentada pelándome los codos.

—Te dejamos, guapa —zanjó el más viejo e hizo una seña al otro para continuar.

Se despidieron y ella siguió corriendo a su ritmo. Tras cada zancada comprobaba cómo los dos hombres le ganaban terreno. Los vio girar a la izquierda en el primer cruce; cuando ella llegó allí, continuó en línea recta.

Había completado ya tres vueltas e iniciaba la cuarta cuando el coche la sobrepasó. Era un todoterreno oscuro. Le llamaron la atención los tapacubos limpios y relucientes brillando bajo la luz de las farolas. El vehículo marchaba

muy lentamente, como si buscara la localización exacta de alguna fábrica o de alguna calle y no consiguiera encontrarlas. El automóvil dobló a la derecha y, aunque desapareció de su vista, Mónica supo que se había detenido porque escuchó el sonido de los frenos y apreció el reflejo rojo de las luces traseras. Sintió más desconfianza que miedo y no aminoró el ritmo de su carrera. Pasó por el cruce en línea recta y comprobó que no se había equivocado: el todoterreno estaba parado, con las luces encendidas y el motor en marcha. Aceleró el ritmo, pero una voz la obligó a girar la cabeza.

—¡Muchacha, oye, por favor! —Era una mujer quien hablaba. Estaba de pie, junto al coche. Mónica redujo el ritmo hasta detenerse—. Por favor, joven, ¿podrías ayudarme?

La mujer llevaba gafas y tenía el pelo tan canoso que parecía cubierto de nieve. A Mónica le recordó una ilustración de la abuelita de Caperucita Roja que había visto en un cuento. Sostenía en la mano derecha un papel que agitaba como el soldado que pide una tregua.

Mónica desanduvo el camino y se acercó al coche.

—Buenas tardes —saludó la anciana.

—Hola. —La muchacha trotaba sin moverse del sitio, manteniendo el ritmo de su respiración—. ¿Busca algo?

—Sí, sí, ¿podrías ayudarme, por favor?

La mujer le alargó el papel y, al leerlo por primera vez, Mónica creyó estar soñando.

—¿Cómo? —preguntó indecisa, como si alguien hubiera detenido el mundo sin avisarla y al despertar hubiera aparecido en otro lugar o en otro tiempo.

Parpadeó para centrar mejor la mirada y leyó de nuevo el papel que la mujer le ponía delante de los ojos. Se sintió confusa. Solo había dos palabras escritas con letras mayúsculas, claras y bien visibles en el centro de la hoja en blanco:

MÓNICA NAVARRO

—¿Eres tú? —preguntó la anciana, y ahora su sonrisa de abuelita de cuento infantil se había transmutado en la mueca del Lobo Feroz.

—Sí, pero...

Y ya no pudo continuar.

Sintió el golpe en la cabeza, encima de la oreja derecha. Luego vino el agudo pinchazo del dolor y el suelo ascendió hacia su rostro a velocidad de vértigo. Después todo se volvió negro y silencioso.

NOVIEMBRE

La desaparición de la joven Mónica Navarro traía en jaque a toda la policía de la ciudad. Hacía casi un mes que la muchacha había salido de su casa con el sano propósito de hacer un poco de deporte y desde ese día ya no la habían vuelto a ver.

Un viernes por la tarde, cuando el otoño había dado unas horas de tregua y la lluvia se desplazaba hacia otra región del país, Mónica Navarro llegó del instituto, dejó la mochila y los libros en su habitación, se calzó unas zapatillas de deporte, se puso el chándal rosa que sus padres le habían regalado cinco días antes —por su decimoséptimo cumpleaños— y salió de su casa.

Informó a su madre, que estaba en la cocina preparando la cena, de que necesitaba desentumecerse, oxigenarse un poco porque tenía la cabeza cargada después de las clases y de los exámenes. Cursaba segundo de bachillerato y los profesores la consideraban una alumna excelente. Antes de salir, su madre le aconsejó que regresara pronto porque cuando llegase su padre comenzarían a cenar.

El matrimonio no tenía más hijos. Fernando, el padre, había ganado cierto renombre con su empresa de construcción y, desde hacía unos años, aprovechando el *boom* inmobiliario, el negocio iba creciendo cada vez más. Ana, la madre, acudía por las mañanas a una pequeña empresa de transportes donde llevaba la contabilidad.

Poco después de las ocho el padre llegó a casa y el matrimonio se sentó a la mesa. La intranquilidad los asaltó al concluir la cena: su hija todavía no había regresado. No era normal. Siempre había sido una muchacha

responsable y puntual. La madre telefoneó a todas las amigas de Mónica, pero nadie le supo ni pudo decir nada. Conocían su afición por el *footing*, incluso sabían que algunas tardes —si en el instituto no les habían mandado muchos deberes y el clima lo permitía— las invertía corriendo por las calles largas y anchas del polígono industrial. Ninguna amiga se había ido con ella y, por tanto, no la habían vuelto a ver desde que terminaron las clases.

Desesperados, nerviosos ante la tardanza y la ausencia de noticias —la muchacha había olvidado el teléfono móvil en el pantalón vaquero cuando se lo quitó para ponerse el chándal—, avisaron a la policía. Alejándose del protocolo habitual —porque dejaban transcurrir al menos veinticuatro horas antes de iniciar la búsqueda—, una patrulla que en ese momento rondaba por el polígono fue avisada de la desaparición. Los agentes interrogaron a varios de los corredores que encontraron por las calles. Uno se había cruzado con ella sobre las siete de la tarde —ahora eran más de las once—; otro la había visto a lo lejos, tan pronto como llegó y realizaba ejercicios de calentamiento. Incluso dos de ellos —simpáticos y con aspecto respetable— afirmaron haber conversado con ella.

Y aquí se detenían las pistas: nadie más la había vuelto a ver.

LUNES

Lo que más exasperaba al inspector Duarte era el silencio. Si al menos hubieran recibido una llamada telefónica, una carta o un mensaje escrito donde los secuestradores informaran sobre sus intenciones y sus condiciones, entonces podrían haberse agarrado a alguna pista: hubieran intentado localizar el origen de la llamada o buscado huellas en el papel. Sin embargo, desde el día de su desaparición, nadie había vuelto a tener noticias de la muchacha: ni buenas ni malas. Al inspector Duarte —que llevaba casi cuarenta años de servicio a sus espaldas— aquel mutismo lo ponía muy nervioso y, además, no le daba muy buena espina: temía lo peor...

Era lunes y seguía lloviendo —había comenzado el viernes por la tarde—. Daniel Duarte, inspector de policía de la Comisaría del Distrito 7, se levantó a las siete menos cuarto de la mañana, como todos los días desde hacía varias décadas. Tomó una ducha rápida y se afeitó mientras tarareaba una canción cuyo título desconocía, pero que le había estado rondando por la cabeza desde que sonó el despertador. Una vez vestido, se preparó un succulento desayuno: zumo de naranja natural, leche tibia endulzada con miel, dos tostadas de pan con aceite y varias lonchas de fiambre. Al inspector le gustaba comenzar el día llenándose de fuerzas y de energía: sabía que en su profesión lo impredecible era lo común y, como le había ocurrido en muchas ocasiones, apenas podía detenerse a almorzar o a tomar un bocado a media tarde. La desaparición de la muchacha —se resistía a llamarla «secuestro» porque nadie se había responsabilizado de ella— lo había despertado un par de veces durante la noche.

Seis años atrás, cuando el cáncer se llevó a su esposa Pilar, el inspector Duarte pudo haberse hundido anímicamente hasta convertirse en un ser amargado y huraño. Había visto aquel cambio en algunos de sus conocidos. Sin embargo, supo desde el primer momento que a su esposa no le hubiese gustado aquello, así que, tras la muerte de esta, Daniel Duarte hizo todo lo posible por continuar con la rutina y las costumbres diarias. Ese era uno de los motivos por los que se desplazaba todos los fines de semana —salía los sábados por la mañana muy temprano— hasta Apis, el pueblo de ella, donde unos años antes habían comprado y reformado una casa a las afueras del casco urbano. El otro motivo era que le gustaba la vida en el pueblo, lejos del tráfico de la ciudad, de los sobresaltos y las emociones en las que diariamente lo sumía su trabajo.

Pilar reposaba en el cementerio de Apis —fue su último deseo—, junto a sus padres y a una hermana, la única que tuvo, que un brote especialmente virulento de poliomielitis aguda se llevó a los cinco años. Los sábados, alrededor del mediodía, el viejo inspector se acercaba hasta la tumba de su esposa y le narraba los vaivenes del trabajo semanal, las peripecias por las que había tenido que pasar, las dificultades que había hallado en determinados asuntos, los datos y pistas que le habían permitido solventar el caso o los casos. Evitaba contarle las escabrosidades y los detalles más morbosos: nunca le habían gustado a Pilar y, ahora, en la muerte, era de suponer que seguirían desagradándole.

Mientras se abrigaba con la gabardina y cogía el paraguas negro, el inspector echó de menos el beso de despedida y las palabras y consejos de su esposa. El fin de semana anterior había sido el primero en muchos años que

no había acudido a Apis. El comisario Ordóñez lo había obligado a personarse, día sí y día no, en la casa de los Navarro con el acertado propósito de intentar infundir tranquilidad y sosiego al matrimonio. Sin embargo, en situaciones como aquella, poco podían hacer las torpes palabras de un anciano —Duarte tenía ya sesenta y dos años— que no había tenido hijos.

Como aquel iba a ser el último fin de semana del inspector en el cuerpo de policía, aceptó y obedeció sin rechistar las órdenes de su superior. El viernes Daniel Duarte se despediría de la Comisaría del Distrito 7 para convertirse en un jubilado más. La idea, lejos de incomodarlo o de crearle desasosiego, le gustaba, y conforme la fecha señalada para su retiro se acercaba, le parecía más atractiva: dejaría la ciudad —había pensado en poner en venta su vivienda, pues, aunque era un piso ya viejo, estaba en una zona céntrica— y se instalaría definitivamente en Apis, en la casa que tanto le recordaba a su querida esposa. En su imaginación lo tenía ya todo pensado y organizado: cada mañana dedicaría unas horas a la huerta, de la que ahora solo se ocupaba los fines de semana y durante las vacaciones estivales. Se iría a pasear por la sierra cuando el buen tiempo se lo permitiese, se entretendría jugando al truco en el Bar Viejo los sábados y domingos por la tarde con su amigo Antonio como pareja, pero sobre todo invertiría mucho tiempo en leer. Al contrario que muchos de sus colegas y compañeros, y sobre todo que los policías que aparecían protagonizando películas o series televisivas, al inspector Duarte le entusiasmaban las novelas policiacas. Tenía sus preferencias —en autores y en subgéneros—, pero siempre que hubiera un crimen que resolver, Daniel Duarte disfrutaba como un enano leyendo e intentando anticiparse a la solución del enigma. Tal vez porque su trabajo no

se parecía en nada al que encontraba allí descrito y narrado: él no se enfrentaba con crímenes complicadísimos en habitaciones cerradas a cal y canto, ni se liaba a tiros con gánsteres que nunca se quitaban el pitillo de los labios. El mundo de la delincuencia en la ciudad era más prosaico: robos de coches y de viviendas, peleas matrimoniales, denuncias por ofensas, jóvenes vándalos que disfrutaban destrozando el mobiliario público o que llenaban de grafitis las fachadas. Nunca había disparado su pistola y no tenía intención de hacerlo en esta última semana que le quedaba para jubilarse. Las novelas policiacas, de las que leía un fragmento cada noche antes de dormirse, venían a suplir las carencias «románticas» del oficio real que ejercía de modo rutinario.

Siempre que podía iba a pie hasta la comisaría, que se hallaba a unas pocas manzanas de su casa. Tenía el tiempo ya medido y controlado y le bastaba salir a las siete y media para, a buen paso, sin prisa pero sin detenerse mucho, entrar al edificio a las ocho menos diez.

—Buenos días, inspector Duarte.

Había esperado encontrar a Ángel Crespo atareado en la redacción de informes o consultando la agenda, pero quien lo había recibido era el agente Tortosa. Un tanto asombrado, el inspector colgó su gabardina en la percha y metió el paraguas en una papelera vacía que alguien había preparado para los días de lluvia.

—Buenos días, Tortosa. ¿Y Crespo? ¿Es que se sabe algo nuevo de la muchacha?

Luis Tortosa era un tipo rubio y coloradote, recio y con un vozarrón grave: de no ser por ese detalle —y por el pelo tan corto que apenas se distinguía del cuero cabelludo—, alguien lo hubiera confundido con una rolliza holandesa de esas que dan saltitos por los verdes prados y ordeñan vacas.

—No sé nada, inspector. El comisario me ha dicho que me instalara aquí esta mañana y que, tan pronto llegase usted, le dijera que le espera en su despacho.

—¿Quién me espera?

—El comisario, ya se lo he dicho.

Daniel Duarte salió al pasillo y en dos zancadas se plantó ante la puerta de su superior. Su mente policiaca funcionaba a cien kilómetros por hora: si Crespo no estaba, si el comisario Ordóñez quería verle con tanta premura, era de suponer que había novedades con relación al asunto de la muchacha desaparecida. Sintió un cosquilleo en el estómago, como siempre que se encontraba ante algún hecho o acontecimiento importante. Llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió la puerta.

—Buenos días, comisario. El rubio me ha dicho que quería hablarme. ¿Se sabe ya algo de la joven?

Andrés Ordóñez era diez años más joven que Duarte, pero cuando se les ponía uno junto al otro nadie lo hubiera adivinado. El comisario era bajito y rechoncho, con un cabello canoso y escaso. Tenía unos ojillos negros como cabezas de aguja que se perdían tras las dioptrías de unas gafas con gruesos cristales. Su sedentarismo —pues apenas asomaba la nariz más allá del dintel de la puerta de su despacho—, el empleo constante del coche para cualquier desplazamiento, ya fuera largo o corto, y el escaso o nulo ejercicio físico que realizaba al terminar la jornada lo habían convertido en un tipo que rozaba la obesidad y que se caracterizaba por unos movimientos tan lentos que exasperaban a quien tuviera la paciencia de contemplarlos.

Cuando Duarte entró, el comisario dejó sobre la mesa los informes que había estado leyendo y se subió las gafas con el índice izquierdo.

—¿Sobre la chica, dice usted?

—Sí.

—Nada. Todavía no sabemos nada..., y lo que es peor: desde arriba comienzan a meterme prisa. No nos podemos permitir a un agente todo el día

en la casa de los Navarro, dando palique al matrimonio y aguardando una llamada de teléfono que quizás no llegue nunca.

El inspector no respondió. Los dos hombres se miraron durante unos segundos. No era ningún secreto que los contactos y las amistades habían hecho posible que Ordóñez, siendo más joven, hubiera ascendido hasta convertirse en el jefe de la Comisaría del Distrito 7. Tampoco era un secreto que a Daniel Duarte aquel ascenso —en detrimento del suyo— no le había molestado lo más mínimo. A él le gustaba recorrer las calles, hablar con testigos y afectados, sentarse en un banco a reflexionar sobre los datos y las pistas que habían recabado mientras fumaba lentamente en su pipa, porque en la oficina ya no se lo permitían. Odiaba las paredes del despacho y el trabajo burocrático, por eso en muchas ocasiones el agente Crespo había tenido que cargar con la redacción de todos los informes. Era un comentario generalizado que, incluso si le hubieran propuesto a él el ascenso, lo hubiera rechazado.

—¿Nada?

—Nada. Y eso es lo peor, ¿verdad, inspector? Imagino cómo se sentirán esos padres. Si esto dura más tiempo, terminarán más desquiciados de lo que ya deben de estar.

—¿Y Crespo? ¿Qué hace Tortosa en mi despacho?

—¡Ah, eso! Se me olvidó. Puesto que se nos va muy pronto, he decidido que Tortosa y Crespo trabajen juntos. Es fácil que a Crespo lo asciendan dentro de unas semanas.

—¿Y dónde está ahora?

El comisario Ordóñez dio un respingo como si volviera súbitamente de un viaje interplanetario. Se había puesto a hablar y había olvidado lo más importante.

—¡Ah, claro! Verá, unos minutos antes de llegar usted avisaron de un incidente. Envié a Crespo hacia allá.

—¿Dónde?

Buscó entre los papeles hasta que encontró una pequeña libreta y leyó detenidamente:

—Avenida del Puerto. —Hubo una pausa, como si le costase entender su propia letra—. Nos han avisado desde una pequeña empresa de importación y exportación. Junto a la gasolinera que hay en la carretera, ¿le suena? Se llama Comercial Reinosá.

—He visto el edificio. —Recordó un cartel con el nombre pintado en la enorme puerta de una cochera—. Sé dónde está. Voy para allá. Adiós.

El comisario le despidió con un gesto de la mano y continuó mirando sus papeles.

El inspector pensó en ir andando, pero estaba algo lejos y, además, continuaba lloviendo. Ordenó a Tortosa que le buscase un coche patrulla.